

## Escritores Españoles

## AZORIN

Desde el Puerto de la Garganta, Azorin contempla panoramas y paisajes de una impresionante grandeza. Al fondo de estas montañas, la ría del Eo, sus pueblos y sus mares.

## I

El día es espléndido, luminoso, en un cielo azul intenso, sin una nube, ni nieblas. Cuando las nieblas, con frecuencia, se agarran a la cumbre del puerto de la Garganta, desaparece toda visibilidad. Nada se ve. Desaparecen los panoramas montañosos, los pueblecitos. No se alcanza la majestuosa, la admirable, impresionante visión de la ría del Eo y de la costa. En este día en que subimos con Azorin a esta cima, no ocurre así. Todo es luz. Azorin ha sentido la varia maravilla del paisaje a todo lo largo del camino que hemos recorrido desde Vegadeo, veinte kilómetros, por una carretera angosta, zigzaguente. Las curvas de Graña, tan cerradas como una horquilla, imponen zozobra en el ánimo más sereno...

Hemos llegado al puerto. En la Garganta hay dos casas, altas, espaciales. Son dos tabernas. Allí los caminantes, se refrigeran. Una de estas Ventas está situada a la orilla de la carretera que sigue al pueblo de Santa Eulalia de Oscos. La otra casi en la misma curva y desviación, que por otra carretera va a Villanueva de Oscos, donde aún están en pie las ruinas de un monasterio cisterciense. Tras de la primera Venta, un campo anchuroso. Hacia allí nos dirigimos. En este campo se levantó antaño una ermita. Estaba dedicada a Santa Bárbara. Se ha ido desmoronando esta ermita. La han desmoronado piedra a piedra. Son piedras enormes, negras, con punteagudas aristas. ¡Cuantos temporales, ventiscas, nieves copiosas azotaron en el transcurso de centenarias las paredes de esta ermita!

Contemplamos nosotros una vez este imponente panorama. Azorin es la primera. Está absorto en su contemplación. Ha calado, siente toda su belleza. Azorin calla. Su espíritu contemplativo está en toda actividad. ¿Quién como Azorin sabe sentir la belleza del paisaje? Calla. Nosotros respetamos su silencio. ¡Los silencios de Azorin! Los recordó estos días en seis artículos muy pulcros, muy sentidos, bellos, sin que falte un detalle, en *Pueblo*, de Madrid, el escritor asturiano, Marino Gómez-Santos. Nosotros con fruición e interés, los hemos leído. También los leyó Dionisio Gamallo Pielros. Los hemos comentado hace unos días en Ribadeo. Cuanto a Azorin atañe, interesa sobremanera a sus amigos y admiradores. ¿Cómo es Azorin? Este es el título de un libro que se publicó hace tiempo. Quisiéramos nosotros conocer de cerca a Azorin. Ver con nuestros propios ojos cómo es Azorin. Oírle y sentirnos subyugados con su actitud, con sus silencios. Nos contaría nuevas páginas de su vida...

## II

¿Qué ve Azorin, en esta mañana clara, luminosa de pie, desde la enhiesta cumbre del puerto de la Garganta? Se fija en la orografía de estas tierras: Vaguadas, quebradas, nudos de lomas, desniveles, crestas, barrancos, cuevas. Allí, a su derecha, el pico, nido de buitres, escondrijo de alimañas, lobos y jabalíes,

más elevado de esta parte del occidente asturiano. Tierras resacas, pedregosas; y bajando de estos montes, hacia el valle, praderías, cauces estrechos y barrancos, por donde se deslizan, silenciosamente, las primeras aguas de un río que en la Garganta nace, el legendario *Suarón*, que a Vegadeo viene a unirse con el Eo. Y en lo más hondo de este valle, flanqueado por duras montañas, ingentes, como desgajadas del sistema montañoso, se agazapan dos caseríos. Uno tiene un nombre feo, *Busdemouros*. El otro es más bello, más suave su nombre, *Penatormil*. Fue esta zona, antaño, en la época gloriosa del Imperio de los Césares, colonia romana...

Azorin sigue estático, abrasado en emoción, contemplando el paisaje. Otras cumbres y otros pueblos. La línea blanca, sinuosa de la carretera. Aquellas curvas de Graña, como horquillas cerradas... Pero hay otra visión más impresionante, que cala nuestra sensibilidad. La de Azorin está despierta y en actividad estética, como si los acordes de una Lira y las melodías de un salmo, en su alma se dieran cita, para iniciar un canto de gloria, de maravilla, de apoteosis, a modo de alabanza de los Angeles del Cielo. La naturaleza, en su variedad, es reflejo de la belleza increada, cuya primera causa y principio, es Dios. El Serafin de Asis amó y cantó la Naturaleza, porque en ella veía la presencia y la génesis creadora del Supremo Hacedor. Esta nueva, inesperada visión que Azorin ahora contempla, es la inenarrable visión de la ría del Eo y sus pueblos ribereños, al fondo, en la lejanía y más allá de la lejanía, otra más anchurosa e impresionante. Es la lejanía del mar, de este mar nuestro, el cantabro mar, sosegado, azul, claro, donde se quiebran los rayos, como chispas, de un sol en todo el esplendor de su grandeza. Desde esta cima, el *Silencio de la Cima*, recordó Azorin y recordamos nosotros, un capítulo precioso, que escribiera hace muchos años don Miguel de Unamuno, publicado en su libro *Andanzas y Visiones de Españolas*. Se refiere Unamuno a la cumbre silenciosa, en el Santuario de Nuestra Señora de la Peña de Francia. Escribe Unamuno: «Y allí arriba, en la soledad de la cumbre, entre los enhiestos y duros peñascos, un silencio divino, un silencio recreador. Silencio sobre todo... Y el sol desnudo y silencioso besando con sus rayos a la roca desnuda y silenciosa». Parece como si Unamuno estuviera describiendo el panorama de la Garganta, y su silencio. De este silencio, que solamente turba el huracán, el trueno y el chasquido del rayo, en las grandes tempestades que se ciernen sobre esta montaña disfrutó Azorin, como si se lo regalaran los dioses del Olimpo...

## III

La segunda parte de este artículo, la escribiremos para el próximo: de los dos quisiéramos hacer uno. Pero fué tal la abundancia de sentimientos, de ideas y emociones que Azorin sintió y sentimos nosotros en la cum-

bre del puerto, que forzosamente queda para otro trabajo, complemento de éste. De la Garganta bajamos a Vegadeo. Otra carretera. Nuevos Caminos. Nueva visión y otro panorama. Un paisaje de égloga. Un silencio desconocido. Azorin absorto, contemplando desde la Colada algo desconocido...

José Rodríguez Fernández  
Presbítero Vegadeo.